

## Actualizar el servicio de la fe - 2017 (Encuentro de Loyola) - Homilía

Queridas compañeras y queridos compañeros de encuentro:

Hemos atravesado una nueva jornada conviviendo, orando, conversando y dando gracias a Dios por tenernos unos a otros, por escucharnos desde dentro, compartiendo lo más hondo. Como diría el P. Arrupe, por oírnos decir lo que nos levanta de la cama cada día, lo que nos hace gustar el atardecer, lo que nos calma y consuela, lo que nos lleva a permanecer en camino, lo que compromete a fondo nuestra vida familiar o religiosa, y aquello que hace que nuestro trabajo sea algo más que ganarse el pan, aunque ganarse el pan sea tarea tan necesaria y buena.

Esta escucha despierta en nosotros lo que despertaba el resucitado en aquellas discípulas y discípulos en duelo y lágrimas, aunque en aquella desolación el símbolo de la mesa aún les convocaba. El Cristo resucitado, como nos cuentan los evangelios, no hizo otra cosa que salir a todos los caminos a por sus discípulos en retirada rescatándolos de su desesperanza, sacándolos de sus abatimientos. Los alcanzaba en mitad de sus noches y los hacía narrar lo que les pasaba y les ayudaba a reinterpretar, y espoleaba su incredulidad hasta llenarlos de deseos. Tal como hoy nos pasó a nosotros. Porque, como a ellos, también hoy el Señor se ha dejado ver y se ha quedado en el corazón encendido de cada uno como alegría y futuro. Este tiempo de Loyola tiene ese carácter que tuvo para María Magdalena, los de Emaús y los encerrados en el Cenáculo. Se cuentan lo que les pasa y aunque cuesta entender lo que ocurre, el Señor acontece como una inmensa luz que ilumina la vida y enciende de alegría.

Pero no la alegría puramente afectiva que nace de estar juntos. Es un contento íntimo, que refuerza convicciones. Como una fuerza que anima a lo mejor: a la paz, a la misión, a la salida de sí y de todos juntos hacia el mundo. Que invita a permanecer y a dispersarse, a tomar entera la realidad con su dolor y su amor, y a celebrarla juntos. Una nueva energía que nos hace creer que en su nombre, como Pedro y Juan, podremos curar los pies cansados, ser cobijo para los que buscan refugio, calmar a los niños y consolar a muchos. Esa es nuestra fe.

El resucitado llegó como una enorme sorpresa para hombres y mujeres como nosotros. Atravesó sus miedos y su incredulidad. No se detuvo en su falta de fe, sino que les envió al mundo entero. Aquella sorpresa fue tan bella que no tuvieron más remedio que contarla; fue tan verdadera, que salieron a decirla, invitando a todos a contemplar lo inaudito. El relato del evangelio leído tiene un final rico en luz. El resucitado confía a los suyos el mandato misionero de llevar la buena noticia al mundo entero. La comunidad toma conciencia de esta misión compartida. Y ahí nace la Iglesia.

En fin, hermanas y hermanos, después de habernos escuchado hoy con tanta hondura, ¿no sigue ardiendo nuestro corazón ahora?, ¿no seguimos creciendo en deseos de volver a nuestras galileas de origen para contárselo a otros? La misión nace de una experiencia y de la necesidad de decirle al mundo lo que el Señor ha obrado en nuestra debilidad. Tan bello y verdadero como la sorpresa de los testimonios que hoy se nos han regalado...

Encerrados en esta Loyola fundacional, en este valle hermoso del Urola, un poco aislados estos días, pero no para perder de vista la realidad, sino para tomarla más entera en nuestras manos, para crecer en esperanza y en experiencia de fe. Porque actualizar la fe es regalar a nuestros contemporáneos el *amigo interior* que nos habita, el *maestro interior* que nos enseña a discernir el tiempo presente y vivirlo como oportunidad.

Como en la primera comunidad de Jerusalén, la fe se activa en las sorpresas. Basta con estar un poco alerta, un poco en silencio, con una cierta costumbre de oírnos por adentro, activando la mesa compartida. No esperábamos y, sin embargo, pasó. El corazón en ascuas nos lo dice. *No temáis, id y decidle a mis hermanos y hermanas lo que habéis visto y oído.*